Conversación en Sevilla con Paulino Castañeda

Elisa LUQUE ALCAIDE

El Dr. Paulino Castañeda es catedrático emérito de Historia de América, en la Universidad de Sevilla, a la que llegó después de un amplio *iter* universitario. Formado en Salamanca y en la Complutense, se incorporó a ésta última, como profesor ayudante a la cátedra de Descubrimientos geográficos. Una amplia labor docente y de investigación le llevaron a acceder a la cátedra hispalense. Castellano, hunde sus raíces en tierras vallisoletanas, como manifiesta su buen dominio del idioma en un discurso fluido, preciso y elegante, con un vocabulario amplio y abierto a variados intereses culturales. A la vez, su larga y fecunda vida en Sevilla ha dejado huellas en su cordialidad acogedora y en el modo de afrontar, con simpática ironía, los temas en los que asoma también la decisión y el empuje de su dinamismo castellano[1].

Nos recibe en la amplia biblioteca del antiguo Estudio general de los dominicos, en pleno centro histórico de Sevilla. Es 19 de mayo de 1998, han pasado ya los días de la Feria y la ciudad ha recuperado el ritmo habitual de trabajo sereno. Luce un sol espléndido y aprieta el calor. Acaba de celebrarse, en el marco señorial de los Reales Alcázares, un Simposio sobre *Espíritu, Política y Sociedad*, organizado por la Academia de Historia Eclesiástica de Sevilla, que preside el Dr. Castañeda. Le felicito por la calidad de las intervenciones y los buenos resultados de la empresa académica. Tras este cordial preámbulo, paso ya a rememorar las aventuras de su itinerario intelectual.

Infancia y juventud

P. Prof. Castañeda, ¿qué recuerda de su infancia, de su familia, de las tierras castellanas originarias?

1. Nació en Vecilla de Valderaduey (Valladolid), en 1927. Estudió en León. Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca (1951); y Doctor en Teología, por la Universidad de Comillas (1965). En la Universidad Complutense de Madrid cursó Filosofía y Letras, obteniendo el premio extraordinario en la Licenciatura (1960) y en el Doctorado (1963). Se incorporó al vicariato Castrense en 1970. El año 1974 obtuvo por oposición la cátedra de Historia de la Instituciones canónicas en Indias, de la Universidad de Sevilla, incorporándose al Departamento de Historia de América, del que ha sido Director.

R. Recuerdo muchas cosas: una casa grande, muy animada; una familia numerosa de cristianos viejos, que leían por la noche el *Año Cristiano*[2] al calor del hogar; y un ambiente de paz, benéfico para todo y para todos. Recuerdo a un párroco laborioso y recto, que enseñaba la doctrina, formaba criterios y, sobre todo, despertaba vocaciones. Vuelvo a la casa paterna cada verano, porque me gusta recordar *in situ* aquellos años felices, plenamente felices, y contemplar la grave solemnidad de la meseta, la luz alta de los cerros «guillenianos», y hablar con la gente de sus cosas: la cosecha, el precio de la cebada, las subvenciones al girasol. Tierra pobre, pero tierra madre, tanto más querida cuanto más pobre. No sé si, como dicen, el paisaje hace al hombre a su imagen y semejanza; pero sí sé que a esa llanura, condenada a la intemperie, siempre deberemos los oriundos equilibrio de espíritu, visión larga, sentir hondo y vida asceta. Recuerdo también los estudios humanísticos en el Seminario de León: latín, mucho latín, y la filosofía escolástica: la Lógica, que estructura la mente; la Metafísica, que permite discurrir con sutileza; la Ética, que enseña a comportarnos. Y mucho frío, muchísimo frío, pero todo, frío incluido, me ha sido muy útil para después.

P. En la Universidad Pontificia de Salamanca obtuvo la licenciatura en Teología; años más tarde, en la Universidad de Comillas, se graduó de Doctor en Teología. ¿Qué le supuso ese estudio teológico en su formación y en sus planteamientos vitales y culturales?

R. Mi traslado a Salamanca fue fundamental, y conservo un recuerdo imborrable: un profesorado variadísimo —sacerdotes, religiosos, laicos— y un alumnado internacional muy competitivo. Cuando ahora veo lo que algunos de mis condiscípulos han significado en la vida de la Iglesia, me doy cuenta de la importancia de aquella convivencia. Naturalmente aquellos estudios me proporcionaron una base solidísima para mis investigaciones americanistas: la Teología dogmática y moral, las Instituciones de Derecho canónico (nada menos que cuatro cursos, y ¡mire Ud. qué casualidad: siempre obtuve la máxima calificación!), la Historia eclesiástica... Una base muy seria, que me ha sido fundamental. Un ejemplo, cuando hablamos de los comportamientos de las Órdenes religiosas en la administración del bautismo en Indias, y los calificamos alegremente de bautismos masivos, precipitados y sin preparación suficiente... relatamos unos hechos que quizá fueran así; pero, al interpretarlos, no hay que olvidar aquella afirmación terminante de la Teología: el bautismo es de «necesidad de medio» para salvarse; y ellos (los religiosos) iban a salvar. Y tenían prisa. De modo que no es bastante cuantificar y narrar los hechos; hay que consultar al teólogo: qué clase de necesidad era esa que ellos llaman «de medio», y qué significaba.

Salamanca fue decisiva en mi vida. Hay muchas cosas que se me van olvidando, pero en mi quehacer de cada día aletea, a menudo, la presencia espiritual del *alma mater*.Y cuando vuelvo —cualquier excusa es buena para volver: un tribunal de tesis o de oposiciones— lo hago en compañía del recuerdo. Y, al contemplar, bajo el sol de Castilla, las torres doradas de la Clerecía, la Universidad, la Plaza Mayor, me vuelvo a emocionar inevitablemente.

---

2. Juan CROISET, *Año Cristiano ó ejercicios devotos para todos los días del año*, Edit. Vda. de Rodríguez, Madrid[3.] 1881. Jean Croiset publicó en Francia, entre 1712 y 1720, este calendario hagiográfico, que fue traducido al castellano por el P. José Francisco de Isla (1703-1781).

Americanismo en la Complutense

P. Después cursó los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense, y obtuvo el Doctorado con una tesis sobre *La Teocracia pontifical y la conquista de América*, dirigida por el Profesor Florentino Pérez-Embid[3]. ¿Cómo llegó a la entonces Universidad Central? ¿Cómo partió su vocación americanista?

R. Llegué a la Complutense atraído por Antonio Millán Puelles[4]. Me gustaban sus tesis neoescolásticas, su estructura mental y su método, porque me recordaban mucho a mis maestros de Salamanca. Pero, en algún momento apareció Florentino Pérez-Embid y me alertó sobre la vertiente ética del americanismo: «es muy importante, decía él, y tú puedes hacerlo». Conocí entonces a Francisco Morales Padrón[5], y cuando tuve que elegir especialidad, ellos me empujaron hacia la Historia de América. De la tesis, ya conoce Ud. el título[6]. Empecé a estudiar las ideas teocráticas, pensando en la tesis para la Universidad Pontificia de Salamanca; pero, al avanzar en los estudios americanistas, me di cuenta de la incidencia de aquellas ideas en la polémica sobre el Nuevo Mundo, y decidí canalizarla hacia la Complutense de Madrid.

Amigos y colegas

P. ¿Qué recuerdos guarda de su maestro Pérez-Embid?

Recuerdos del maestro, muchos, muchísimos. Ante todo, cuando yo le llamaba «maestro», Florentino sonreía como sabía hacerlo, muy socarronamente, y me decía: «¡Anda! que

---

3. Florentino Pérez-Embid (1918-1974). Doctor por la Universidad Complutense. Catedrático de Historia de los Descubrimientos Geográficos y Geografía de América, en la Universidad de Sevilla (1949) y, más tarde, en la Universidad Complutense de Madrid (1951). Formó parte del equipo de la revista «Arbor», del CSIC. Procurador en Cortes, Director General de Información (1951-1957) y Director General de Bellas Artes (1968). Cuando falleció era Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, cargo al que había accedido en 1968. Entre sus publicaciones se encuentra la obra *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, CSIC, Sevilla 1948.

4. Antonio Millán Puelles nació en 1921. Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense, de Madrid. Catedrático de Fundamentos de Filosofía de la Universidad Complutense (1951). Más tarde, Director del Departamento de Filosofía Fundamental de la Facultad de Filosofía y Letras, de la misma Universidad. Pasó en 1976 a la cátedra de Metafísica de la Universidad Complutense. Académico de número de la Real Academia Española de Ciencias Morales y Políticas.

5. Francisco Morales Padrón, nació en 1923, Doctor en Historia de América, por la Universidad Complutense, de Madrid, con una tesis sobre *Jamaica Española*, publicada por la EEHA (CSIC), Sevilla 1952. Catedrático de Historia de los Descubrimientos geográficos y Geografía de América, de la Universidad de Sevilla. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Ha sido Director de la revista «Anuario de Estudios Americanos» y fundador y director de la revista «Historiografía y Bibliografía Americanista», ambas de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, de Sevilla.

6. Paulino CASTAÑEDA DELGADO, *La Teocracia pontifical y la conquista de América*, ESET, Vitoria 1968; e ID., *La Teocracia pontifical en las controversias sobre el Nuevo Mundo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1996 (nueva versión, totalmente reelaborada y puesta al día).

bien sé que no te he enseñado nada». Pero no era verdad, pues me enseñó muchísimas cosas. Por lo pronto, siempre estuvo presente en los pequeños y grandes acontecimientos de mi vida académica: dirigió mi tesis doctoral, fui su ayudante y su adjunto, y regenté su cátedra durante muchos años en que estuvo de excedencia especial, por prestar sus servicios a la Administración general del Estado. Pero, ante todo, fuimos amigos, dos grandes amigos[7]. Y en muchísimas ocasiones, por circunstancias que no son del caso, fui su confidente. Aseguro, con toda solemnidad, que era un hombre de talento, con un corazón inmensamente bondadoso y una religiosidad profunda; de tal manera que en los muchos momentos de la vida que compartimos, siempre me fue ejemplar.

Personalidades de la cultura

P. En sus años universitarios de Madrid, tuvo ocasión de conocer a personalidades de la cultura y de la Iglesia. ¿A quiénes destacaría y qué destacaría de ellos?

R. Efectivamente conocí a muchos hombres sabios. De la cultura, destacaría a Antonio Millán Puelles, por lo que he dicho antes. Me impresionó también Alfonso García Gallo[8], por su claridad de ideas. No importa que no comulgara con todas ellas, pero reconozco que, donde Don Alfonso ponía la mano, lo hacía con toda seriedad. Y recuerdo con mucha gratitud, a una persona que frecuentemente compartía con nosotros, y a quien me gustaba escuchar: Roberto Saumells[9]. Un gran intelectual, un filósofo profundo, y un culto humanista. Recuerdo las tertulias en Santander, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, que él animaba con su amena conversación y con la música, pues tocaba el piano espléndidamente.

Pero yo me sentía atraído fundamentalmente, y por razones obvias, por aquellos eclesiásticos que se dedicaban a la actividad intelectual. En este campo querría recordar a cuatro personajes a quienes traté y admiré.

Ante todo a Alfredo García Suárez[10]. Me reunía con él frecuentemente. Hablábamos de todo, de lo divino y de lo humano, y yo admiraba su preparación, su gran cultura, su pro-

---

7. Precisamente esta dimensión de la personalidad de Pérez-Embid está resaltada en el libro que se publicó como homenaje póstumo por parte de quiénes le trataron. Cfr. VV.AA., *Florentino Pérez-Embid: Homenaje a la amistad*, Planeta, Barcelona 1977.

8. Alfonso García Gallo (1911-1992), Doctor en Derecho. Catedrático de Historia del Derecho Español en las Universidades de Murcia, Valencia y en la Universidad Complutense, de Madrid, y catedrático del Derecho Indiano en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense. Vicedecano de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida. Fue Secretario General del Instituto Nacional de Estudios Jurídicos, Director del Instituto de Ciencias Jurídicas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Académico de número de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

9. Roberto Saumells (Barcelona, 1916), catedrático de Filosofía de la Ciencia de la Universidad Complutense (Madrid), autor de un estudio importante titulado *Fundamentos de matemáticas y física* (1961).

10. Alfredo García Suárez (1927-1998) se doctoró en Filología Románica. Doctor en Sagrada Teología, por la Universidad Lateranense de Roma, con la tesis *Principios teológicos del laicado*. Ordenado presbítero en 1951, era sacerdote de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei. En 1967 se trasladó a Pam-

fundidad y su grandeza. Siento mucho su reciente fallecimiento; lo siento de verdad. Encomiendo su alma a Dios; aunque estoy seguro que descansa en paz.

Recuerdo ¡cómo no! a Fray José López Ortiz[11], que era arzobispo castrense cuando yo era secretario general del Vicariato. Siempre admiré su lucidez mental, su saber inmenso, su interés intelectual por todo. Cuando iba yo a despachar, siempre me preguntaba: «¿qué haces?, ¿qué estás escribiendo?»; y, fuera lo que fuera, siempre le interesaba, y era tema de conversación. Y sus observaciones siempre eran atinadas.

Recuerdo así mismo mis paseos, frecuentes, con Amadeo de Fuenmayor[12]. Un fino jurista, de quien siempre admiré el modo de presentar sus proyectos: de manera terminante, concluyente e ilusionante.

Quisiera por último recordar a una persona, a un eclesiástico, que influyó mucho en mi vida: Don Angel Sagarmínaga[13], Director nacional de las Obras misionales pontificias; un personaje irrepetible, un alma sencillamente colosal, con ideas universales (el se decía «universalista»), y con una visión del apostolado realista y eficaz.

P. Es Ud. coronel castrense. ¿Cuál fue su experiencia personal en el ejército?

R. Mi experiencia, en conjunto, fue altamente positiva. Pero, para poner orden en las ideas, voy a destacar tres momentos. Ante todo, mi destino en el Hospital militar Gómez Ulla (Madrid), porque de aquél contacto con los enfermos, con los que sufren, aprendí mucho; por ejemplo, que sufrir es morir un poco cada día, desprenderse de tantas cosas que no valen la pena; que el dolor hace al alma más noble, más fina, más delicada. Y descubrí también que, para un enfermo, el sacerdote es la persona metafísica.

Después, mi destino en la Escuela de Aplicación del Ejército (Madrid), donde los oficiales hacían sus cursos para ascensos. El contacto, año tras año, con esta oficialidad joven me fue muy útil, y también aprendí; por ejemplo, la importancia de la disciplina, de la puntualidad, del compañerismo, y, sobre todo, de la lealtad.

---

plona para dirigir el Instituto Teológico de la Universidad de Navarra, germen de la futura Facultad de Teología, de la que fue Profesor de Teología Fundamental. Teólogo Asesor de la Conferencia Episcopal Española y Consultor de la Comisión episcopal para la Doctrina de la Fe.

11. Fray José López Ortiz (1898-1992), agustino. Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad Central (hoy Complutense), de Madrid. Nombrado obispo de Tui-Vigo en 1944. En 1969 fue promovido a la archidiócesis titular de Grado y a Vicario General Castrense.

12. Amadeo de Fuenmayor Champín, nacido en Valencia en 1915, Doctor en Derecho en 1941, catedrático de Derecho civil de la Universidad de Santiago de Compostela, en 1943. De 1967 a 1989 ha sido profesor ordinario de la Universidad de Navarra, en la que además ha detentado el cargo de Decano de la Facultad de Derecho canónico. Es Académico de número de la Real Academia Española de Jurisprudencia y Legislación.

13. Angel Sagarmínaga (1890-1968), prelado doméstico de Su Santidad, había nacido en Yurre (Vizcaya), ordenado sacerdote en 1916, fue profesor de Historia Eclesiástica del Seminario de Vitoria, ciudad en la que fundó el Secretariado de Misiones; en 1926 la Santa Sede le nombró Director nacional de las Obras misionales pontificias, que organizó y a las que dio un gran impulso; posteriormente ocupó la presidencia de la Unión Misional del Clero.

Por último, ya lo he mencionado, mis años de secretario general del Vicariato castrense. Creo que no lo he dicho nunca, pero este trabajo, como tal trabajo, no me gustaba demasiado. Era el propio de un alto funcionario, pero nada más. No obstante, me viene a la memoria, una vez más, mi trato con el arzobispo López Ortiz durante aquellos años, tan grato y reconfortante.

Hago ahora un paréntesis. Recuerdo algo que quizá le va a sorprender. El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, y López Ortiz, eran amigos, muy amigos. Esto era notorio. Pero es posible que nadie como yo haya podido constatar hasta qué grado. Eran amigos entrañables. Josemaría Escrivá iba, no digo que frecuentemente, pero sí de vez en cuando, a visitar a Fray José; y Fray José, casi como una excepción en sus hábitos ordinarios, salía presuroso a recibirlo al pasillo, y se daban un abrazo apretado y cordial, con verdadero afecto fraterno. Y hablaban, hablaban... durante horas. A veces, Fray José me hacía pasar. Y seguían hablando como si quisieran que yo me enterara de algo que indirectamente querían comunicarme. Fue una gran experiencia...

P. Qué otra cosa recuerda, de aquellos momentos con el Beato Josemaría?

R. Bueno, esto es una impresión personal, claro, y no pertenece a la Historia de la Iglesia; o, quizá sí, quizá si pertenezca. A mi me impresionaba mucho la viveza de aquel sacerdote, su entusiasmo al presentar sus ideas, su vigor; y la visión clara que él tenía de las cosas. Yo pensaba que sabía muy bien lo que quería, que conocía perfectamente su Norte, y que estaba decidido a seguirlo. Y yo creía y creo que eso es bueno; saber con claridad lo que se quiere. Y es malo navegar a la deriva, porque se puede naufragar, y normalmente se naufraga. Pero este no era, precisamente, el caso..., sino todo lo contrario. Por eso me sorprendía y entusiasmaba.

P. Imagino que el Beato Josemaría acudiría, a visitar a Fray José, acompañado por Mons. Alvaro del Portillo, que después sería su primer sucesor al frente del Opus Dei...

R. Sí, claro. Y recuerdo que en una ocasión se quedó en mi despacho charlando. Pero hablamos, curiosamente, de historia de América. Don Alvaro del Portillo había publicado su Tesis doctoral sobre *Descubrimientos y expediciones en las costas de California* (Sevilla, 1947 y Madrid ^{2}1982). No hace falta que le diga que es un trabajo fundamental para estudiar los primeros viajes descubridores en California. Así se lo dije, con toda sinceridad; pero creo que él lo aceptó como un cumplido. Añadí que la zona que él había estudiado volvió a cobrar un interés enorme en el siglo XVIII, por la permanente amenaza de rusos e ingleses; y que, sin embargo, aparte de la abrumadora bibliografía sobre las misiones franciscanas y jesuitas, apenas se había hecho nada sobre la actividad descubridora por mar. Le quise convencer de que él era la persona indicada para hacerlo, y que podía completar una gran obra, documentada en las Secciones de Guadalajara y de Estado, del Archivo General de Indias. El me escuchaba y sonreía comprensivo; pero, de pronto, me di cuenta, antes de que me lo dijera, que sus próximas singladuras iban a seguir otros derroteros, y de manera definitiva. Y, por supuesto, de la inutilidad de mi discurso.

Madrid durante el 68

P. Inició la década de los 60 como profesor ayudante de cátedra en la Universidad Complutense. El curso 1968-69 fue nombrado profesor encargado de cátedra. En 1971 obtuvo

la plaza de profesor adjunto de Historia de los Descubrimientos geográficos y la conquista de América ¿Cómo vivió los fermentos renovadores y revolucionarios de esos años, en la Universidad Complutense?

R. Nos tocó vivir aquellos años, y los vivimos de lleno. Yo entonces, como Ud. ha indicado, regentaba la cátedra de Florentino, sobre los descubrimientos geográficos americanos, con un grupo de colaboradores extraordinario: Mariano Cuesta[14], Pilar Hernández[15] e Isabel Echávarri. Recuerdo, naturalmente, algaradas y carreras; pero me cabe la satisfacción de que, en ningún momento, tuvimos problemas, ni con los que corrían, ni con nuestros alumnos. Ningún problema. ¿Por qué? Pues no lo sé. Quizá porque nos limitábamos, sencillamente, a dar las clases, lo mejor que sabíamos, a escuchar las quejas y pretensiones de los alumnos, y a ayudarles en todo lo que podíamos. La verdad es que, de aquellos años alterados, no recuerdo nada extraordinariamente negativo. Ni siquiera perdimos clases, con lo que alivia al profesor un día de asueto inesperado... Solamente los alborotos de la calle, por donde teníamos que pasar, a veces con dificultad.

Americanismo en Sevilla

P. A la Universidad de Sevilla llegó en 1974 como catedrático de Historia de la Instituciones canónicas de América. ¿Cómo lo recibieron? ¿Qué recuerda de sus colegas de claustro de la Facultad y de los alumnos?

R. Lo recuerdo todo con mucha gratitud. Me recibieron muy bien, tanto en el claustro, que entonces era reducido, como en el Departamento de Historia de América, al que me incorporaba. Un Departamento grande y competente que, con el tiempo, he tenido el honor de dirigir durante varios años. ¿Los alumnos? Me recibieron con la natural expectación. Era un profesor nuevo que venía de fuera. Además, no recuerdo por qué, eran momentos de cierta agitación, con algunos brotes de contestación; pero conecté muy bien con ellos. Lo cierto es que ya en el primer trimestre de curso, algunos me pidieron tema para una tesina y posible tesis doctoral. Recuerdo también su cara de sorpresa cuando me puse un día a desmontar, quizá recreándome, las tesis de Don Manuel Giménez Fernández sobre las bulas alejandrinas[16]. La sorpresa fue tal que no escribían, porque no daban crédito a lo que oían; me miraban como si estuviera cometiendo un grave sacrilegio. Después, fui conociendo el peso que, con toda justicia, Don Manuel tenía y tiene en Sevilla y fuera de Sevilla; y comprendí que me miraran

14. Mariano Cuesta, actual catedrático de Historia de los Descubrimientos geográficos, de la Universidad Complutense

15. Pilar Hernández, facultativa en la Biblioteca Nacional de Madrid. Se ocupa de la Sección de manuscritos.

16. Manuel Giménez Fernández (1896-1968), doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid (1922). Catedrático de Derecho Canónico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla (1930), ocupó después la cátedra de Instituciones canónicas de Indias de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma Universidad. Miembro destacado de la CEDA en la II República española, fue diputado a las Cortes (1933), y ministro de Agricultura (1934).

como a un atrevido iconoclasta. Con el tiempo, cuando el trato se hizo cordial, lo comentamos muchas veces; los estudiantes no podían creer mi atrevimiento. Luego se fueron habituando; y entendieron que una cosa es la persona —siempre respetable— y otra el rigor en sus argumentos.

P. ¿Participó en la Universidad Hispanoamericana de La Rábida?[17].

R. ¿La Rábida?, pues ¡claro!, un buen capítulo de mi vida académica. En 1980 volvió La Rábida a depender de la Universidad de Sevilla. El Rector, Profesor González García, me encomendó organizar el Curso de verano, «sólo por aquel año». Fue una contrariedad, pues tenía preparado mi segundo viaje a Lima; pero, después, me he dado cuenta hasta qué punto valió la pena. Volví a La Rábida siete veranos más. Por allí pasaban todos los grandes del americanismo; y su presencia y disponibilidad para los alumnos, imprimían al curso una dinámica especialmente agradable, útil, y al más alto nivel científico. Logramos una convivencia armoniosa, trabajo y descanso en proporciones justas, contraste de temas de investigación, y caminos posibles de tesis doctorales a escala internacional. Los recuerdos de aquellos cursos me son particularmente gratos.

P. ¿Cómo organizó los cursos de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida? ¿a quién invitó para dar la conferencia inaugural?

R. Pues comencé como Dios me dio a entender, porque yo no tenía ni noticia de su organización. Había muchas notas, papeles de otros cursos, pero no había propiamente un archivo. Pedí libertad absoluta para organizarlo a mi modo, e invitar a la gente que me pareciera más oportuna. Y ya que pregunta tan directamente, le diré que la primera invitación fue dirigida a Don Vicente Rodríguez Casado[18], sin duda porque, al revolver aquellos papeles, intuí, lo que era verdad, que él había sido el gran motor de aquella Universidad Hispanoamericana. Después, hablando con Don Antonio Muro[19], y con otras personalidades que pasaron por allí, y convivieron con nosotros, me convencí de que realmente no me había equivocado en mi intuición. Escribí a Don Vicente invitándole y me puso una carta que aún conservo, porque me

---

17. La Rábida, situada en un promontorio del término municipal de Palos de la Frontera, desde el que se divisa la confluencia de los ríos Tinto y Odiel con el mar, y junto al monasterio franciscano de La Rábida, en el que se alojó Colón al iniciar su viaje a Castilla para plantear a la Corona su proyecto transatlántico, y en el que recibió apoyo decidido para llevarlo a cabo. Este lugar se encuentra de siempre vinculado al descubrimiento de América.

18. Vicente Rodríguez Casado (1918-1990), doctor en Filosofía y Letras en 1940, por la Universidad Complutense de Madrid, con una tesis sobre: «Primeros años de la dominación española en la Luisiana». Catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad de Sevilla, en 1942, posteriormente obtuvo la misma cátedra en la Universidad Complutense. Promotor de la Sección de Historia de América de la Universidad de Sevilla y de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del CSIC, que se inició en Sevilla el año 1942. De 1943 a 1973 fue Rector de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida (Huelva). Desde 1974 mantuvo una intensa colaboración académica con la Universidad de Piura, en el Perú.

19. Antonio Muro Orejón (1904-1993), catedrático de Historia del Derecho Indiano, de la Universidad de Sevilla. Entre sus publicaciones destaca *El Cedulario Americano del XVIII*, 3 vols., CSIC, Sevilla 1956, 1969 y 1977 y *El Nuevo Código de las Leyes de Indias*, CSIC, Sevilla 1979.

pareció modélica. No vino, al fin, al curso; pero, no porque no quisiera, o porque tuviera algún resentimiento, sino, sencillamente, porque tenía un viaje ya inmediato a la Universidad de Piura (Perú). Pero la carta es un modelo de grandeza de alma: sin recordar en absoluto nada desagradable, aseguraba que estaría en espíritu con nosotros, no solamente en la inauguración del curso, sino durante todo el curso. Apenas conservo cartas; pero esa, sí; porque descubre un alma noble, la de Vicente Rodríguez Casado, de quien Antonio Muro nos hablaba incansable[20].

P. ¿Qué recuerda de las relaciones de Florentino Pérez-Embid con Vicente Rodríguez Casado?

R. Recuerdo que Florentino pocas veces le llamaba Vicente; siempre decía cariñosamente «el Gordo», porque Don Vicente era, como Ud. sabe, bastante grueso. Este apodo amigable era como un nombre propio para él. Discutían mucho, pero se querían profundamente. Y creo que se admiraban mutuamente, cada cual con sus cualidades, con toda cordialidad. Antonio Muro siempre recordaba la capacidad que Vicente tenía para llevar a quienes tenía cerca a vivir coherentemente con la fe que profesaran. Era muy cercano, muy humano. Florentino tenía otra chispa, otro ingenio; a veces decía cosas un tanto «atrevidas», sobre todo políticas, para animar la conversación... La verdad es que los dos eran bien distintos, y discrepaban; pero se querían y se admiraban. Yo vi muchas veces que, cuando Florentino tenía problemas que resolver y necesitaba ayuda, siempre recurría al «Gordo». Y no olvido los sollozos de Vicente ante el cadáver de Floro. Ni su conversación telefónica con Rafael Calvo Serer que estaba en Francia[21], comunicándole el fallecimiento de Florentino.

P. ¿Detalles de chispa y buen humor de Florentino Pérez-Embid?

R. Podría recordar muchos, tenía golpes muy buenos. Le contaré solamente tres. Recuerdo que una vez llegó alguien al despacho solicitando trabajo, en concreto una plaza de ayudante. Florentino levantó los ojos, midió al aspirante, y apuntando a un retrato de Hernán Cortés, le dijo: «Mire Usted. Hernán Cortés no da de comer más que a dos personas: una soy yo, y la otra, no es Usted». Una vez suspendí —cosa extraordinaria— a una alumna de quinto curso. Resultó que Antonio Millán Puelles se había interesado por ella, pero yo no me había enterado. Y fuimos Don Florentino y yo a darle una explicación que, logicamente, Don Antonio no entendía. Y preguntó: «¿es que sabía tan poco?». Y Floro: «fíjate Antonio si sabía

---

20. El Prof. Castañeda alude al cese, por decreto ministerial, en 1973, del profesor Rodríguez Casado, como Rector de la Junta de gobierno de la Universidad de La Rábida: Cfr. sobre este tema: Miguel CHAVARRÍA, *Vicente Rodríguez Casado y La Rábida*, en Fernando FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (edit.), *El espíritu de La Rábida*, Unión Editorial, Madrid 1995, pp. 160-161.

21. Rafael Calvo Serer (1916-1988), Doctor en Filosofía y Letras, sección de Historia (1940), con una tesis sobre «La decadencia española en Menéndez y Pelayo». Catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Valencia (1942), obtuvo la cátedra de Filosofía de la Historia e Historia de la Filosofía española en la Universidad Complutense de Madrid (1946). En 1944 anima la fundación de «Arbor» y forma parte del equipo promotor de la revista, y fue su director de 1951 a 1953. A partir de esta fecha, 1953, tuvo que abandonar la docencia, marchándose al exilio, por sus discrepancias con el régimen franquista. En 1965 impulsó como Presidente del Consejo de Dirección, el diario «Madrid», clausurado en 1971 por el ministro Alfredo Sánchez Bella: cfr. sobre este tema Carlos BARREDA, *El diario «Madrid». Realidad y símbolo de una época (1966-1971)*, EUNSA, Pamplona 1995.

poco, que la ha suspendido Paulino...». Otra vez, Mariano Cuesta le preguntó: «Don Floro ¿ha tenido algún encuentro con Don X? Porque hay que ver como "embestía" ayer tarde...». Y Florentino: «pues me extraña, porque no recuerdo que a ese Señor le haya yo hecho ningún favor...».

P. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, del CSIC, ha supuesto un hito en el americanismo hispalense. ¿Cómo fue su colaboración?

R. Efectivamente la Escuela fue un hito fundamental. En definitiva, de allí partió todo el americanismo sevillano actual, incluido el Departamento de Historia de América de la Universidad. Por supuesto, yo ya la conocía y había colaborado con la revista «Anuario de Estudios Hispanoamericanos». Por eso, el mismo día en que tomé posesión en la Universidad de Sevilla, visité a su Director, José Antonio Calderón Quijano[22], de gratísimo recuerdo. Me contó la historia de la Escuela, me habló de Vicente Rodríguez Casado, su promotor y primer Director, con admiración y afecto. Visitamos las instalaciones, me regaló libros, me asignó un despacho. Había entonces una colaboración apretada entre la Escuela y la Universidad, que, creo, fue provechosa y fecunda.

Quehacer investigador

P. Ha salido su divergencia de pareceres con Giménez Fernández. Me gustaría que nos hablara de sus polémicas intelectuales, con el mismo Giménez Fernández, con García Gallo...

R. Creo que no han sido propiamente polémicas. Por eso yo he hablado de discrepancias, porque esto fue lo que hice: discrepar. Quizá un poco inconscientemente. Cuando me adentré en el estudio de las bulas alejandrinas[23], y su interpretación, logicamente me encontré con las distintas teorías: la clásica de Francisco de Vitoria; y la teoría feudal, que apoyaban y apoyan no pocos autores contemporáneos. Y claro, tuve que estudiar a fondo las dos teorías entonces más novedosas y modernas: la de Don Manuel Giménez Fernández y la de Don Alfonso García Gallo.

Don Manuel publicó la suya en Sevilla, en 1944[24]. Reconozco, sin la menor dificultad, que su autor es un modelo de laboriosidad, de investigación; que sus escritos son una auténtica mina de datos, de referencias documentales, generalmente bien interpretados y aprovechados; y que sus reconstrucciones históricas han de ser, necesariamente, tenidas en cuenta. Pero,

---

22. José Antonio Calderón Quijano (1916-1995), Doctor en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Historia. Catedrático de Historia de América de la Universidad de Sevilla, pasó después a la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de la misma Universidad, de la que fue Rector.

23. Se refiere a las cuatro bulas de Alejandro VI, promulgadas entre el 3 de mayo y el 25 de septiembre de 1493, relativas al dominio español sobre las tierras americanas recién descubiertas.

24. Manuel GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, *Las bulas alejandrinas de 1493 referentes a las Indias. Nuevas consideraciones sobre la historia, sentido y valor de las bulas alejandrinas*, CSIC, Sevilla 1944, tirada aparte de «Anuario de Estudios Americanos» 1 (1944) 107-168.

de ahí, a asumir todo sin discusión, hay mucho trecho. Hay cosas que entonces me parecían sencillamente inaceptables, y me lo siguen pareciendo ahora. Por ejemplo: la teoría de la anulación sucesiva de las bulas, me parece impropia de un canonista de su categoría; la interpretación de Alcaçobas; las censuras que dice contener la *Inter cetera*, son propias de una fantasía desbordante. Y claro, sus afirmaciones de simonía, maquiavelismos, etc., me parecen desprovistas de toda eficacia.

Don Alfonso publicó su teoría en «Anuario de Historia del Derecho español», allá por los años 57 y 58[25]. Es un trabajo también muy amplio, casi de cuatrocientas páginas; una exposición clara, ordenada, detallista, rica en datos, que ha influido necesariamente en la investigación española sobre estos temas. Da la impresión de que su exposición nació para poner los puntos sobre las íes a Don Manuel Giménez. Y eso se nota, y no sé si es bueno. Lo que sí sé es que lo consigue muchas veces, pero otras no. Por ejemplo, su teoría del paralelismo entre las bulas portuguesas y españolas es, por lo menos, discutible, muy discutible. Sostener que las bulas no se ocupan de América para nada, es una exageración; que las bulas tan sólo confirman un hecho, es una aseveración gratuita. Y afirmar que el Papa intervino apoyándose en la teoría medieval que sostenía la jurisdicción pontificia sobre los pueblos de infieles (que carecían de personalidad jurídica), me parece una contradición muy seria; pues él, Don Alfonso, que había rechazado la teoría teocrática, no se dio cuenta de que aquella doctrina medieval, a la que recurría, era y es típicamente teocrática.

P. Su investigación ha afrontado temas candentes de la ética americanista, desde la teocracia pontificia como justificación de la conquista del Nuevo Mundo, hasta el conflictivo tema de la Inquisición americana, pasando por la figura de Don Vasco de Quiroga y por la teología profética americana de denuncia. Ultimamente ha llevado a cabo la edición del texto lascasiano *De Unico vocationis modo*[26]. ¿Ha estado presente su formación teológica en la investigación que ha llevado a cabo acerca de la Iglesia latinoamericana? ¿Cómo partió su interés hacia esa temática?

R. Naturalmente; mi formación teológica, así como la canónica y la bíblica han sido clave para estas investigaciones. Creo que sin este bagaje, no se pueden tratar con garantía los temas que Ud. ha citado. No se pueden entender con profundidad las obras de Bartolomé de las Casas o los textos de un concilio americano. Y esto, lo sabe Ud. muy bien. Con todo, considero también indispensable el recurso a las fuentes históricas, a los documentos, con los que, en definitiva, se hace la historia. Y en este sentido, mi encuentro con el Archivo General de Indias ha sido también fundamental y decisivo. Podemos entender y analizar, con una buena formación teológica y canónica, los decretos del III Concilio provincial Mexicano, pongo por caso; pero quizá no el contexto que le dio ser, y eso también es indispensable. Hay que conocer qué eran los repartimientos, y cómo se llevaron a cabo históricamente, para entender la

25. Alfonso GARCÍA GALLO, *Las bulas de Alejandro VI y el ordenamiento jurídico de la expansión portuguesa y castellana en Africa e Indias*, en «Anuario de Historia del Derecho Español» 27 y 28 (1957 y 1958) 461-829.

26. Bartolomé DE LAS CASAS, *Obras completas*, 15 vols., Alianza Editorial, Madrid 1988-1990. El *De unico vocationis modo*, en el volumen 2.

distinción conciliar entre la esencia del sistema, que los padres no condenaron, y el modo abusivo de realizarlos, que sí condenaron sin paliativos. O hay que conocer la belicosidad de los chichimecas, las dificultades que ponían a la expansión hacia el Norte de México, las guerras «a sangre y fuego», para discernir la acertada solución antibélica del concilio: erigir poblaciones de españoles y mexicanos cristianos, que fueran ocupando la región. En resumen, han sido fundamentales para mi trabajo la teología, los cánones, la Biblia; pero también lo ha sido mi encuentro con el Archivo General de Indias.

Inquisición americana

P. Ha dirigido una trilogía sobre la Inquisición de Lima, de la que recientemente ha salido el tercer volumen. Háblenos de la Inquisición americana y, concretamente, de la peruana.

R. Como dice, la Dra. Pilar Hernández y yo hemos publicado tres volúmenes[27], que tal fue el proyecto inicial; un proyecto temprano. Nos dimos cuenta que los americanistas habíamos orientado nuestros esfuerzos fundamentalmente sobre tres áreas: descubrimiento y conquista; evangelización y cultura; y, más modernamente, la historia social. Siempre nos pareció que quedaban fuera temas fundamentales que había que estudiar; por ejemplo, las corrientes heterodoxas en América, que se nos antojaba fascinante. Pero pensamos que estas corrientes, de existir, caerían bajo la jurisdicción inquisitorial. Por ello, decidimos que el camino más fácil y seguro para estudiarlas era hacer la historia de un tribunal del Santo Oficio en América. Elegimos el tribunal limeño por muchas razones, que no hacen al caso, para no alargarnos, pero una decisiva: al grupo de «inquisidores», es decir, de los especialistas que debíamos afrontar el estudio, pertenecía el chileno René Millar, que trabajó tres años con nosotros en Sevilla, y es autor del tomo tercero. Millar, que volvía a Chile, podría confrontar los datos obtenidos en el Archivo General de Indias, con los expedientes limeños conservados en los archivos de Lima y de Chile.

Nuestro proyecto coincidió con un momento de auténtico esplendor de los estudios inquisitoriales, que atribuimos a dos motivos. Primero, la necesidad sentida por los historiadores de revisar los conocimientos acerca de la famosa institución a la luz de una metodología moderna. Y segundo, a la perspicacia de otros historiadores que pusieron de manifiesto las posibilidades de esta documentación para conocer aspectos importantes de la vida social.

Hemos visto los procesos de mil quinientos reos, penitenciados en este tribunal por delitos de bigamia, blasfemias, delitos relacionados con el clero, superstición, judaizantes, etc. etc. Hemos detectado una mayor actividad en los años correspondientes al tomo primero de nuestra obra, cosa lógica, porque eran los años de Felipe II, de la Contrarreforma, y de los primeros decenios americanos de la vida del tribunal, siempre más rigurosos. En el caso del tribunal de Lima, fueron los años del inquisidor Gutiérrez Ulloa, duro, exigente y realmente

27. Paulino CASTAÑEDA DELGADO-Pilar HERNÁNDEZ, *La Inquisición de Lima* I (1570-1635), y II (1635-1696), Deimos, Madrid 1989 y 1995. El tercero es: René MILLAR CARVACHO, *La Inquisición de Lima (1697-1820)*, Deimos, Madrid 1998.

exagerado. Empezó a decaer en el siglo XVII, también porque en 1610 se creó el de Cartagena de Indias; pero, durante el reinado de Carlos II, la rutina, la modorra, se apoderaron de la actividad inquisitorial. El deterioro se hizo ya definitivo en la segunda mitad del XVIII, condicionado por dos fenómenos: el escaso respaldo que los poderes políticos dispensaban al tribunal; y la incidencia de la revolución ideológica que, al influjo de la Ilustración, se infiltraba en los ambientes de Ultramar, y que alcanzó también a los inquisidores.

P. ¿Ha habido sorpresas al hacer ese estudio?

R. ¿Qué sorpresas nos ha deparado el estudio? Muchas, pero solamente indicaré dos. Un gran número de reos, con delitos mixtos, preferían el tribunal del Santo Oficio, al tribunal civil. A propósito de este dato, recuerdo que, en cierta ocasión, uno de mis alumnos lo advirtió en una lección magistral del difunto Tomás y Valiente[28], quien vigorosamente se resistía a admitirlo: será un caso, o dos... Pues no; era frecuente, y hay que tenerlo en cuenta. Otro detalle, también curioso: los judaizantes, casi todos portugueses, presos en las cárceles de la Inquisición, se comunicaban ingeniosamente entre sí, y a veces, en su conversación, comparaban la Inquisición portuguesa y la castellana. Pues bien, todos de acuerdo: la Inquisición portuguesa era bastante más dura que la castellana. Y un último detalle: ha sorprendido a muchos que no aparezcan indios entre los reos. Nosotros sabíamos que, por ser cristianos nuevos, estaban exentos de la jurisdicción del Santo Oficio. Y, por eso, no es que no los hayamos encontrado; es que no los hemos buscado. Los delitos de los indios eran juzgados por la jurisdicción ordinaria de los obispos, en el llamado Provisorato de Indios.

Quinto Centenario del Descubrimiento de América

P. Ud. participó en primera persona en la celebración magna del Quinto Centenario, organizando el pabellón de la Santa Sede en la *Expo 92*, de Sevilla. ¿Podría decirnos cómo lo vivió? ¿cuál fue el mensaje de las obras que se exhibieron en ese pabellón?

R. Naturalmente, residiendo y trabajando en Sevilla, era difícil abstraerse al clima del 92. Y, con años de antelación, iniciamos las tareas. Por ejemplo, preparamos la edición crítica de las obras de Bartolomé de las Casas, en quince volúmenes[29]. Nos pareció, ocho años antes del 92, que, además de importante, la edición sería de una gran oportunidad; porque entendíamos que las controversias indianas del Siglo de Oro español aún no se habían terminado y pensábamos que el Quinto Centenario traería, entre otras cosas, una nueva y gran conmoción. Y no nos equivocamos. La edición, crítica, bilingüe, y con ricas anotaciones, ha sido un éxito extraordinario.

P. Sin duda el Pabellón de la Santa Sede en la *Expo 92* de Sevilla ha sido un acontecimiento de honda repercusión para dar a conocer la evangelización americana...

---

28. Francisco Tomás y Valiente (1932-1992), catedrático de Derecho civil de la Universidad complutense, de Madrid y Presidente del Tribunal Constitucional. Falleció víctima de un atentado terrorista en su propia Facultad.

29. Citada en nota 26.

R. Yo nunca había pensado en este proyecto: fue un encargo de la Nunciatura. Quisimos contar la historia de la acción de la Iglesia en Indias, pero con documentos originales e ilustraciones de la mayor calidad. No queríamos hacer un museo, ni una simple muestra del pasado. Queríamos que fuera un testimonio documental, rigurosamente histórico, de una realidad viva y dinámica que había tenido su epicentro en España hacía quinientos años, y que hoy, en las postrimerías del siglo XX, sigue con renovada vitalidad y dinamismo. El objetivo era ayudar a conocer mejor, a valorar debidamente la aportación de la fe católica al desarrollo cultural, social y espiritual de América. El éxito fue total. ¿Sorprendente? No, porque es una historia hermosa, con luces y sombras, como todas las historias y, contada así, estábamos seguros de que los visitantes la iban a entender muy bien. La vieron dos millones de personas que tenían que hacer previamente colas interminables. No tuvimos ninguna protesta; y eso que las entrevistas de radio, de TV, y de prensa, eran casi diarias, y de todos los colores. Es justo decir que no fueron los medios de comunicación social cercanos a la Iglesia los primeros en detectar el valor intrínseco y pedagógico del pabellón. No, más bien los menos allegados. Y eso les honra. También lo valoraron y calificaron con cinco estrellas, publicaciones protestantes. ¿Qué cómo viví aquello? Pues, como dicen ahora los chicos, «a tope». Yo no sé si la expresión es muy académica; pero, le aseguro, que expresa perfectamente la increíble actividad de aquellos años, ajetreados y fecundos.

P. Cuéntenos alguna anécdota de su organización. ¿Cómo consiguieron piezas tan valiosas?

R. Necesitábamos unas trescientas piezas, más o menos, pero todas originales y de primera calidad. Ni copias, ni facsímiles. Y acudimos, en principio, a importantes instituciones españolas: el Archivo General de Indias y la catedral de Toledo. Fueron sorprendentemente generosos; piense en las bulas alejandrinas o en el Expolio, del Greco, como ejemplos. En este orden de generosidad, quiero citar a la catedral de Sevilla, que nos cedió nada menos que el Cristo de la Clemencia, de Martínez Montañés, que estuvo ausente, por tanto, en la Exposición *Magna Hispalensis*, que tuvo lugar durante las mismas fechas que la *Expo 92*. La Biblioteca Nacional de Madrid, después de algunas reticencias, nos hizo también un préstamo más que notable.

Luego nos trasladamos al Vaticano. Fueron días inolvidables. Visitamos la fábrica de San Pedro; el arquitecto trabajaba en la reconstrucción del ciborio de Sixto IV. Me impresionaron aquellos fragmentos en mármol, cuyo peso no podíamos calcular. Sin convicción ninguna, le dije al arquitecto: ¿por qué no lo exponemos en Sevilla? Y respondió tajante: no hay dificultad. Debió observar mi desconcierto, porque añadió enseguida: nuestros sistemas de embalaje y envío son perfectos... Pocos días después tendría ocasión de comprobarlo.

P. ¿Supuso mucho trabajo reunir el material?

R. Muchísimo! En el Vaticano, después de visitar la fábrica de San Pedro, nos reunimos con varios responsables de los museos, presididos por el Dr. Walter Persegati (Coordinador Nacional de los Museos Vaticanos). Con cierto escepticismo nos preguntaron por el esquema de la Exposición, del que dimos cumplidísima respuesta, casi un tanto repelente; nos presentaron otras soluciones posibles, pero al final acordamos que, en efecto, era mejor nuestra propuesta, por ser más sencilla e inteligible. Dado este paso, presentamos nuestras preten-

siones de obras concretas; nos concedieron, sin dificultad, el Descanso, de Barocci, y algunas piezas más; pero, cuando pedimos el Entierro, de Caravaggio, la negativa fue la esperada: unánime, rotunda y casi airada. Sin perder la calma, les hicimos ver que, al fin, el Pabellón era de la Santa Sede, y nosotros pretendíamos que las piezas que se expusieran fueran de la mejor calidad y, en consecuencia, pensábamos que sólo el Caravaggio, podía emular el Entierro, de Juan de Juni, o la Resurrección de Bartolomé Murillo. Se levantó la sesión sin haber tomado decisión alguna, pero al despedirse, el Dr. Persegati me abrazó efusivo y me dijo: No se preocupe, profesor... Y una noche, a las 23 h., un camión que a mi me pareció gigantesco, matrícula de Roma, aparcaba frente a nuestro Pabellón. Se apearon varios técnicos que venían al cuidado del valioso envío, nos saludamos, y comenzaron a descargar con todas las precauciones unos embalajes inmensos... Puedo asegurarle que, en aquél momento, sentí una cierta compunción por mis duras exigencias, que habían motivado tamañas complicaciones. Pero también le aseguro que, a posteriori, y a la vista del éxito de la Exposición, he sentido una gran satisfacción, y el convencimiento de que todo había valido la pena.

P. Fueron años de Congresos americanistas ¿resultados?

R. Efectivamente, impulsamos también, con ocasión del Quinto Centenario, los congresos sobre las Órdenes religiosas y la evangelización de América. La Rábida fue el punto de partida; después, Guadalupe (Extremadura). Estudiamos así mismo la evangelización de los dominicos, los agustinos, los mercedarios. ¿Resultados? Excelentes. Ahí están ocho tomos sobre la acción de los franciscanos en América, cinco de dominicos; los dos publicados por los agustinos y los dos de la Merced. Una fuente documental de primera magnitud, que va a ser indispensable para cualquier investigación[30].

P. Seguramente tuvo que organizar un equipo importante de colaboradores para sacar adelante todos estos congresos y publicar sus actas. ¿Nos quiere hablar de ellos?

R. Naturalmente, tuve muy buenos colaboradores: colegas del Departamento, amigos americanistas, becarios y colaboradores prestaron ayudas inestimables; participando como ponentes o comunicantes, o bien, colaborando en tareas de organización y secretaría. Pero hay que subrayar que siempre contamos con la eficiente colaboración de las respectivas Órdenes religiosas; recuerdo con todo afecto y amistad a Fr. Luis Blanco, Guardián del Monasterio de La Rábida; a los dominicos PP. Larios, de la Fundación Bartolomé de las Casas, y Urbano Alonso, del Real de Santa Cruz, de Granada. Sin ellos, difícilmente se habrían hecho tanto trabajo y tan buenos congresos. Inolvidable el IV de Franciscanos, realizado, en fecunda colaboración, en la Universidad de las Américas, de Puebla de los Angeles. El profesor Miguel Celorio, catedrático de Arquitectura, organizó un congreso casi itinerante, visitando lugares y monumentos, unos pocos conservados y otros ruinosos, pero siempre evocadores para nosotros.

---

30. VV.AA., *Franciscanos en el Nuevo Mundo*, vol I, Grafisur, Guadalupe 1987; vols. II, III, IV y V, Deimos, Madrid 1987-93; y vols. VI y VII en «Archivo Ibero-Americano» 52 (1992) y 57 (1997); VV.AA., *Dominicos en el Nuevo Mundo*, vols. I, II y III, Deimos, Madrid 1988-1991; y vols. IV y V, San Esteban, Salamanca 1995-1997. Isacio RODRÍGUEZ (ed.), *Los Agustinos en América y Filipinas*, 2 vols. Eds. Monte Casino, Zamora 1990. Luis VÁZQUEZ FERNÁNDEZ (ed.), *Presencia de la Merced en América. Actas del I Congreso Internacional*, 2 vols. Revista Estudios, Madrid 1991.

P. ¿Algún recuerdo del Congreso en Puebla?

R. Le contaré tres anécdotas para mí inenarrables: un domingo visitábamos un pueblecito que, en este momento, no me atrevo a precisar; a las 12 h. repicaron las campanas, llamando al pueblo a la «misa mayor». Algunos congresistas sacerdotes concelebraron, pero yo preferí vivir aquella misa entre el pueblo que, cuidadosamente endomingado, acudía a cumplir con el precepto dominical. Y observé sorprendido que aquella buena gente repetía, durante la Consagración, las mismas jaculatorias que, en tiempos, se rezaban en Castilla. Emocionante el momento de dar la paz, a una anciana india que me esbozó una sonrisa mostrando una dentadura extrañamente completa y blanca.

Recuerdo otro momento con especial cariño: cuando en la Biblioteca Palafoxiana pronuncié una conferencia sobre el famoso arzobispo, Don Juan de Palafox y Mendoza. Hablé de las posibilidades que la figura del prelado poblano ofrecía todavía a la investigación, y un conocido banquero, al parecer lejanamente emparentado con el arzobispo del siglo XVII, ofreció una beca sustanciosa para realizar aquél estudio.

Y la jornada en el convento de Huejotzingo, con una participación total del pueblo, tanto en las sesiones, como en el excelente almuerzo con que nos obsequiaron los frailes de aquella numerosa comunidad.

Discípulos y nuevos proyectos

P. En su labor docente e investigadora desde la Universidad de Sevilla, ha logrado animar a un buen grupo de jóvenes americanistas que, en España y en América, están presentes en el debate historiográfico actual ¿Cómo llevó a cabo esa tarea? ¿Hay una línea de investigación que continúe su interés por la historia de la Iglesia americana?

R. Tengo afortunadamente muchos discípulos. No voy a dar nombres, porque no quiero olvidar a ninguno, y siempre es un riesgo. ¿Cómo lo conseguí? A base de tiempo, dedicación, paciencia, comprensión, afecto y amistad. Es una tarea de trato personal; de persona a persona. Al dar un tema a un aspirante, hemos de cuidar de que sea el adecuado a su preparación. Después, hay que ser accesible, animador y, sobre todo, respetuoso. Me gusta sembrar inquietudes, despertar ilusiones, porque así lo aprendí de mis maestros. Y aspiro a instalar a mis alumnos, al menos, en el nivel intelectual que yo he alcanzado; y, si es posible que lo rebasen, mejor. Y puedo asegurar que cuando esto ocurre no siento ninguna secreta envidia, antes bien, me siento premiado. Todo esto le exige al maestro muchas cosas, pero sobre todo estar a la altura, en todos los sentidos: un maestro, creo, no puede ser un mediocre, ni humana, ni espiritual, ni moralmente. Pero esto no quiere decir que yo lo sea.

Tengo discípulos que son ya maestros en México, Venezuela, Colombia, Uruguay, Perú, Chile, Argentina y, por supuesto, en España: Madrid, Sevilla, Huelva, etc. Muchos de ellos siguen dedicados al estudio de la Historia de la Iglesia. Un grupo numeroso continúa estudiando la actividad pastoral y cultural de los misioneros. Otros, el factor humano, es decir, los frailes de cada Orden: su número, procedencia, formación, permanencia en América, etc.

etc. Otros se dedican más a las instituciones: Inquisición, Concilios, Universidad, etc. Depende de su formación. Y un equipo de cuatro realiza conmigo un estudio exhaustivo de los jesuitas expulsados de América en 1767. Un tema apasionante. Cuando lo proyectamos, creímos que sería relativamente fácil, contando con los ordenadores, la informática... Pero, al avanzar, hemos visto que es tremendamente complicado. Es un tema colosal que llevamos muy avanzado.

P. ¿Qué nos dice de la Academia de Historia Eclesiástica de Sevilla que Ud. preside?

R. De momento, pocas cosas. La Academia nació como respuesta a una documentación que encontramos en el Archivo de la Biblioteca de Rectorado de la Universidad de Sevilla. Con sorpresa, descubrimos que en Sevilla, a finales del siglo XVIII, había habido una Academia de Historia de la Iglesia y otra de Derecho canónico. Cierto que tuvieron una corta vida, pero una fuerte actividad. Entonces, a José Carlos Martín de la Hoz y a mí, no al revés, se nos ocurrió la idea de formar una Academia de Historia de la Iglesia en Sevilla, como una continuación de aquella Academia de finales del XVIII. Evidentemente, nos lo concedieron, y durante estos años —tres o cuatro— ha funcionado como asociación. Es ya el momento de erigirla jurídicamente como Academia; y me parece que lo vamos a solicitar, porque la actividad ha sido importante: el anual Expo-forum, la publicación de los trabajos que se presentan a debate, conferencias en Colegios Mayores... La Academia ya es conocida en el ámbito sevillano. De modo que cuando seamos Academia, con mucho gusto lo comunicaremos al «Anuario de Historia de la Iglesia». Además de la colaboración del Dr. Martín de la Hoz, tantos años, cuento ahora con la inestimable ayuda del Dr. Manuel Cociña, que le ha sustituido en la Secretaría de la Academia.

Debate metodológico sobre Historia de la Iglesia

P. Paso ya a mi última pregunta. Desde los primeros decenios del siglo XX los especialistas de la Historia de la Iglesia mantienen un debate entre los partidarios de una Historia de la Iglesia de matriz teológica, y quienes conciben la Historia de la Iglesia como un quehacer científico-positivo. ¿Cuál sería su posición en el debate?

R. Entrar en un debate como éste exigiría mucho tiempo. Voy a exponer mi *modus procedendi*. Estoy convencido de que la Historia de la Iglesia es, al mismo tiempo, teología e historia. Las dos cosas: también ciencia histórica. Hay que hacerla, por tanto, con el método con que se hace la buena historia: vinculación a las fuentes, examen de su credibilidad, reconstrucción de los hechos, etc. Hoy nadie niega que la Historia de la Iglesia es teología; lo que hay que subrayar es su vertiente histórica, porque actualmente más que una investigación histórica, algunos hacen teología de la historia. Me parece muy bien, pero impugnan el valor de una historia hecha a base de un depurado método histórico; lo que ya no me parece tan bien. Dicen que esto es lo moderno, el último grito. Estimo que no, que sería volver a una Historia que se hizo durante un milenio y que tuvo que ser abandonada por insuficiente.

Si me lo permite quisiera aclararlo un poco más. En la Edad Media concibieron la historia del mundo como «Historia de la salvación». Pero cuando Flacio Ilírico escribió las

«Centurias»[31] para demostrar que Lutero, el primero, había redescubierto el Evangelio, la Iglesia católica se vió en la necesidad de probar su continuidad histórica, para lo cual no valían aquellas «Historias» del medievo. Para cubrir este hueco, Baronio empezó sus «Anales»[32]. Nació, pues, la Historia de la Iglesia de la necesidad de defenderla; como dice Jedin, «como un postulado de la Eclesiología». Y tiene que ser ciencia histórica, si quiere ser eclesiología. Volviendo un poco para atrás, esa es la idea que orientó el Pabellón de la Santa Sede en la *Expo 92*. Escribir una página de ciencia histórica, que cumpliese con su deber teológico y fuese eclesiología. Y me parece que lo conseguimos. Se vendieron unos nueve mil ejemplares del Catálogo de la Exposición[33], con buenos estudios y colaboraciones de gran prestigio. Los visitantes se marchaban entusiasmados: aprendían qué era un catecismo americano, conocían los instrumentos de la evangelización que usaron nuestros frailes, aprendían quién era Fray Bartolomé, el Padre Francisco de Vitoria, etc. Esta es mi opinión acerca del debate epistemológico sobre la Historia de la Iglesia, pero no intento imponer mis criterios.

* * *

Terminamos la entrevista, agradeciendo al Profesor Castañeda su atención y trabajo en estas horas de una mañana sevillana, en la que nos ha hecho rememorar tantas y tan interesantes vivencias.

Elisa Luque Alcaide
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080-Pamplona (Navarra)
eluque@unav.es

31. Matthias Flacius (1520-1575) escribió con varios colaboradores una *Historia eclesiástica*, en 14 tomos, publicados en Basilea entre 1559 y 1574, que, por su división y lugar de composición, se conocen como las «Centurias de Magdeburgo». En ellas se propuso demostrar que el luteranismo era la continuidad de la antigua Iglesia y de su doctrina, y no así la Iglesia católica.

32. César Baronio (†1607) escribió los *Annales ecclesiastici*, en doce tomos, publicados en Roma de 1588 a 1605, que fueron continuados por diversos autores hasta el siglo XIX.

33. Paulino CASTAÑEDA DELGADO (coord.), *La Iglesia en América: Evangelización y Cultura. Pabellón de la Santa Sede, Sevilla 1992*, Josmar, Madrid 1992.